

LA RECONSTRUCCIÓN ÉTICA DE LA ECONOMÍA

Jorge Mendoza²⁰⁹

El esfuerzo por reconstruir, desde bases éticas, la economía –tanto en su concepción como en su *praxis*–, exige como primer paso el replantearla como una construcción social cuyo propósito inicial fue la satisfacción de las necesidades de las personas de un determinado grupo humano. Por lo mismo es que cada sistema económico, pareciendo “natural” a los involucrados y afectados por él, siempre es producto de una suerte de moldeamiento recíproco con la sociedad y la historia desde el que surgió y en que se consolidó. Siempre hay una intencionalidad, no siempre declarada –o declarada equívocamente o parcialmente– para ser aceptado como éticamente válido y, por consiguiente, obligatorio y justificado. Por consiguiente, el segundo paso de pensar la posibilidad de una reconstrucción ética de la economía requiere reconstruir el origen histórico y los intereses que se vieron representados en su formulación.

Para el cristiano no resulta suficiente la denuncia de las injusticias generadas en el sistema o modelo económico que, por lo demás, no requieren de una perspectiva cristiana para hacerlos evidentes. Su responsabilidad es mucho más profunda: es desvelar los orígenes –y las perversiones de carácter conceptual– que están tanto en su génesis como en su desenvolvimiento histórico e, inversamente, proponer nuevas bases éticas para su reconstrucción. Quizás si uno de los grandes pecados de nuestro sistema económico ha sido cambiar la primigenia tarea económica de satisfacer las necesidades por la sola obtención de la ganancia. Se ha generado una cultura que, extendiéndose a diversos ámbitos de la vida personal y social,

209 Profesor de Historia, Geografía y Ciencias Sociales, Licenciado (Magíster) en Ciencias del Desarrollo del Instituto Latino Americano de Estudios Sociales, Ilades y Profesor Titular del Instituto de Ciencias Religiosas de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Vicepresidente de Alene (Asociación Latinoamericana de Ética, Negocios y Economía); miembro del Consejo Valparaíso de la Stipendienwerk Lateinamerika Deutschland. Su área de investigación abarca la relación de la Iglesia y la sociedad.

ha terminado por encontrar como natural la obtención de ganancia para cualquier acción que se realice. Un concepto olvidado frecuentemente en la teoría y la *praxis* económicas es que la satisfacción de las necesidades no necesariamente es producto del intercambio, o hasta del legítimo lucro, sino también de la gratuidad. Nuestra sociedad cuenta con una gran cantidad de iniciativas de gratuidad que necesitan ser visibilizadas. Muchas de ellas nacidas en el seno de la Iglesia.

Como cristianos debemos estar atentos a las circunstancias históricas, a lo que está sucediendo, y a las consecuencias que tienen en nuestras vidas y en las de los semejantes. No pocas veces, por una visión reductiva e intimista de la fe, fijamos nuestra atención más bien en una relación personal y directa con Dios y no en la mediación de la caridad, concreta y no sólo declarativa, con nuestro prójimo. La santidad, abarcando esta dimensión íntima, siempre es respuesta a los desafíos de la historia, de nuestra historia. Mirar los desafíos de la historia es integrar el pasado que la generó, el presente que nos afecta y el futuro que nos hace inscribirla en la esperanza.

La esperanza del cristiano, sin embargo, no se corresponde con un determinismo de origen divino, en el cual no cabe ninguna acción humana que cambie una suerte de fatalidad que nos conduce ineluctablemente hacia un cierto tipo de sociedad o de economía. No hay "mano invisible" como sinónimo de "Providencia divina". En ciertos momentos de la historia se ha tendido a sacralizar un determinado modelo económico u otro de signo contrario y, a partir de ellos, se pretende que la sociedad sea dirigida como desde una fe religiosa o naturalista. Oponerse, criticar o intentar formular una nueva forma de entenderla es, para algunos, lo mismo que cuestionar la naturaleza del hombre y la voluntad de Dios. Se nos quiere hacer creer que el modelo económico es connatural al hombre y su actuar en sociedad y que, en consecuencia, cualquier intento de modificación es equivalente a un sacrilegio. El hombre es, entonces, comprendido a partir de la economía y no la economía a partir de la iniciativa humana. En esta visión no tiene cabida la esperanza, sino sólo la resignación, porque suprime la inteligencia y la voluntad del hombre reemplazándolas por una economía que es entendida como designio de Dios o fenómeno de la naturaleza que dirige a los hombres para superar su maldad.

Ante este enfoque, supresor de la esperanza en cuanto capacidad del hombre de poder tomar opciones que le permitan su desarrollo, el cristiano debe profundizar sobre dos aspectos: la antropología cristiana y la cultura. Sobre el tema de la antropología, la Iglesia tiene una extensa y rica exposición sobre el tema que, por razones obvias, no es el caso exponer en esta ocasión, sólo destacar que respecto de la maldad su posición es afirmar la bondad fundamental del ser humano junto con su capacidad de hacer el mal. Sobre el tema de la cultura debemos profundizar, tal como lo ha hecho en forma creciente el Magisterio de la Iglesia universal y local. La cultura, en una de sus tantas funciones, es la comprensión que tiene un grupo humano respecto del hombre, de su destino y de su actitud frente al misterio de Dios. En la línea de la esperanza que aquí nos preocupa, como cristianos debemos revisar constantemente los tres aspectos mencionados, especialmente en lo que dice relación con el destino. Se debe trabajar con mayor dedicación el tema de la voluntad de Dios y de la libertad del hombre, tanto para evitar un fatalismo paralizante como, también, una confianza en la sola capacidad del hombre que lo haga prescindir de Dios y, en esta misma línea, analizar constantemente la responsabilidad que a cada uno nos cabe tanto en la mantención del sistema como en replicarlo en otros ámbitos de la vida social.

Otro tema, fundamental al propósito de construir un nuevo tipo de economía, es revisar uno de los supuestos en que se basa la teoría económica imperante, es decir, el supuesto de la escasez. Es desde este supuesto que se ha ido construyendo tanto el sistema de producción, y las necesidades a las que dice servir, como la teorización sobre el tema del propósito económico. Este concepto de escasez ha permitido otra inversión: el de la sobreproducción de algunos bienes y, ahora sí efectivamente una escasez, pero en la capacidad adquisitiva de buena parte de la población mundial.

El propósito imperante en el modelo económico, ya a nivel mundial a raíz de la globalización, al privilegiar la producción de satisfactores para quien tiene la capacidad de pagarlos, produce condiciones que afectan especialmente a los más débiles, quienes pasan a constituirse en los marginados de la sociedad, tanto en lo propiamente económico como en la consideración social y política. Los más débiles dejan de

estar incluidos y participando del hogar común, sea porque no tienen la capacidad adquisitiva de generar una demanda en el consumo, como por no aportar en la generación de riqueza.

En este punto aparece con fuerza la imagen del leproso que estaba al margen de la sociedad judía. El leproso requiere ser sanado para poder volver a constituirse en parte de la sociedad. Jesús, al tocarlo para sanarlo, lo reintegra. El punto es, entonces, qué hacemos como sociedad para integrar a nuestros marginados. Me parece que, en una reflexión derivada del episodio para hacerla aplicable a nuestros propios desafíos como sociedad, es considerar si el pobre, en su situación de carencia, tiene la capacidad de gobernar. El Magisterio de la Iglesia, así como los documentos del Episcopado de Chile, claman porque los pobres sean protagonistas de su propio desarrollo y no sólo beneficiarios del Estado, que los considera "menores de edad". Parece necesario, una vez más, hacer la distinción entre la pobreza evangélica, entendida como desprendimiento de los bienes materiales, y la pobreza como negación del acceso a los bienes necesarios. Las bienaventuranzas parten de la segunda acepción para llegar a la primera de ellas. En nuestro caso esto nos lleva a lo propio de nuestros desafíos en la superación de la pobreza, ya que una tarea urgente e ineludible es superar las carencias materiales, tal vez el paso más fácil; pero también como tarea para que los pobres puedan ser verdaderamente los "protagonistas de su historia", está la necesidad de cambiar su forma de ver el mundo, su cultura, en la que justamente por sus carencias diarias se les niega el derecho a la esperanza.

Los pobres de nuestra sociedad no lo son porque la sociedad no tenga los medios para que todos tengamos una vida digna en lo material, sino porque tenemos una de las peores distribuciones del ingreso a nivel mundial. Los pobres no aparecen con rostro, sino como cifras que hay que mejorar para poder ser más competitivos en el concierto de la economía mundial. La "epifanía del rostro", siguiendo a Levinas, se ve opacada por nuestros éxitos macroeconómicos, deportivos e incluso por nuestra capacidad de reconstruirnos luego de un desastre natural. Los éxitos nos deslumbran y no nos dejan ver a los marginados del éxito. Nuevamente nos encontramos ante una inversión de los propósitos originales de la economía, que se constituye a sí misma en la finalidad y no en el medio para que todos logremos nuestra plena humanización.